

El mercado agrícola como factor de desarrollo y de paz

GERMÁN GONZALO HURTADO RODRÍGUEZ*

* Docente Facultad de Ciencias Agropecuarias, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.

Resumen

Dentro del marco definido por el desarrollo, en este artículo se plantea la reflexión sobre la importancia del mercadeo de productos agrícolas. Al considerar el problema de tenencia de la tierra como uno de los factores desestabilizadores y generadores de la violencia en el país, se cuestiona la falta de políticas integrales que eficientemente incluyan los aspectos tecnológicos y de comercialización.

En este contexto, se hace referencia al mercadeo de productos ilícitos como sistema complejo, fuerte y moderno, frente a la problemática de la comercialización de los productos lícitos.

Así mismo, se aborda el análisis de los mercados y el desarrollo sostenible, advirtiendo sobre la necesidad de articular la ecología con la economía, para que los mercados se desarrollen bajo esquemas respetuosos del medio ambiente y fundamentados en profundos cambios estructurales.

Palabras clave: sistema, sostenibilidad, narcotráfico, orden mundial.
Key Words: system, drug traffic, world order.

Abstract

Within framework defined by the development, in this article is outlined the reflection on the importance of the agricultural products marketing. Upon considering the tenure problem of the land as one of the destabilizing and generating factors of the violence in the country, is questioned the lack of integral policies that efficiently include the technological aspects and of marketing.

In this context, is made reference to the illicit products as complex system, strong and modern as compared to the problems of the marketing of lawful products.

Also it is approached the analysis of the markets and the sustainable development, warning on the need of articulating the ecology with the economy, so that the markets are developed under respectful plans of the environment and on deep structural changes.

1. Introducción

El mercado Agrícola generalmente es considerado más como un problema técnico que social. Se habla en gran medida de la importancia del almacenamiento, su transporte, su empaque y muchos otros factores, como determinantes de la calidad y de los precios. No obstante, cuando se pretende abordar el análisis más desde un punto y enfoque social es evidente que aún hay un gran vacío alrededor del papel, no sólo que desempeña en muchas comunidades sino el que ha cumplido a través de la historia, como factor determinante en el desarrollo de una región o de un País. Y para el caso colombiano no hay dudas que la discusión de la paz y la violencia puede abordarse también desde este punto de vista.

Cómo no entender, por ejemplo, que el caso del cultivo de la coca es también un problema donde el agricultor siembra aquello que tiene muchos mercados asegurados y mayor rentabilidad.

De lo anterior no se puede desligar tampoco el problema del manejo de los recursos naturales, que son afectados en la medida que el productor utiliza plaguicidas en forma indiscriminada buscando las mayores productividades para llevar al mercado.

2. El mercado agrícola como factor de desarrollo y de paz

Generalmente, y como uno de los aspectos centrales de discusión sobre la violencia rural en el país, ésta ha girado alrededor de la

tenencia y explotación del suelo. Sobre ella se han escrito numerosos volúmenes y la discusión sobre el tema de la Reforma Agraria, los minifundistas y latifundistas, aún no ha terminado.

Muchos programas de gobierno se fundamentaron sobre una distribución de la tierra que se quedó muy corta, de acuerdo, con las expectativas creadas, por cuanto estas políticas no estuvieron acompañadas de medidas integrales que significaran mejoramientos tecnológicos de producción y soluciones de comercialización para los productos obtenidos. A pesar de esto, fueron significativos los aumentos de producción y productividad que se vieron en muchos productos, gracias al compromiso adquirido por varias Entidades gubernamentales y privadas, quienes dedicaron inmensos recursos económicos, humanos y de tiempo para aumentar la producción cuantitativa y cualitativamente.

Para Echavarría (4) existe una confusión entre lo que significa tenencia de la tierra como inversión patrimonial en busca de valorización y su explotación con miras a obtener de ella un producido. Según lo manifiesta este autor, no se debe confundir la tenencia de la tierra y su explotación, pues esto hace difícil apreciar en sus justas proporciones los problemas que se derivan de la tenencia de la tierra.

En Colombia, según Echavarría, la tierra más que un activo de producción es un activo de acumulación de patrimonio. Es entonces, evidente que mientras esta situación exista con respecto a la tierra, la producción agrícola de bienes y alimentos será deficiente, mientras no

se dé un mercado que resulte verdaderamente atractivo y estable para los productos agrícolas, que jalone decididamente la producción, bajo una perspectiva económica y social. Esta situación expuesta por Echavarría crea situaciones de verdadero marginamiento y pobreza rural, y cuya solución no está en la tarea simplista de repartición de tierras si a este fenómeno no se le vincula una verdadera proyección de realización de la producción a través de los mercados, como una de las mejores estrategias de desarrollo en el campo.

Para el caso específico del Altiplano Cundiboyacense, desde finales de siglo antepasado y en las primeras décadas del siglo XX fue evidente la crisis económica de importantes haciendas, debido fundamentalmente, al deterioro del mercado interno de los cereales, especialmente del trigo. Situación acelerada con medidas de importación con la natural quiebra de los productos nacionales.

Según Vargas (13) durante los años treinta y cuarenta, en Boyacá el conflicto por la tierra se expresó de manera particular, en la que se presentó "un proceso de destorcida de la hacienda señorial, propulsado por factores como la legislación agraria vigente y las condiciones desfavorables del mercado agrícola interno, especialmente el trigo", que llevaron a que algunos propietarios tramitaran ante el Banco Agrícola Hipotecario la venta y parcelación de sus propiedades.

Más recientemente son innumerables los casos en Boyacá y en el país, en que las políticas erradas de la comercialización agrícola, especialmente de los pequeños y medianos agricultores, han dado al traste con los vestigios de propiedad de muchos de ellos o que inexorablemente han tenido que hipotecar sus parcelas como última alternativa de sobrevivencia.

En Colombia realmente nunca ha existido una clara política de producción que se involucre y planifique paralelamente con el proceso de la

comercialización agrícola. Esto ha tenido como consecuencia un claro desequilibrio del sistema agroalimentario en todo su conjunto que afecta por igual a productores, agroindustria, comercializadores y consumidores. Es más, contrario a lo que haría cualquier empresa que primero investiga sus mercados para saber qué tipo de bien producir, como producirlo y para quién producirlo, en el caso colombiano ningún productor en general sabe quién es su cliente, quién es el consumidor de lo que produce, cómo lo consume, cada cuánto y en dónde se halla localizado. El pequeño y mediano productor agrícola colombiano, que aporta más del 60% de los productos básicos de la canasta familiar, es ajeno a este tipo de procesos, y forma parte de la comunidad agrícola más afectada no solo por los bajos niveles de comercialización que presenta, sino por la baja calidad de lo que vende.

El mercado de los productos permite que cualquier individuo, no sólo venda lo que produce sino, igualmente, que pueda adquirir aquello que no produce y que muchas veces se constituye en bienes y servicios que son esenciales para lograr un nivel de vida aceptable.

La participación real y efectiva de los pequeños y medianos productores en la comercialización de sus productos, está catalogada como una de las más bajas y deficientes en Colombia. Así las cosas, el desarrollo agrícola del país enfrenta dos cuellos de botella de especial gravedad. De una parte, aún se encuentra por resolver el problema de la distribución de la tierra, para lo cual ha faltado un verdadero sentido nacional y liderazgo político, y de otra, el problema de los mercados agrícolas nacionales, que no sólo son poco eficaces y eficientes, sino que además deben enfrentar ahora el problema de las políticas de apertura que sin lugar a dudas ha afectado a muchos productores nacionales.

A lo anterior, debe agregarse, según lo expresado por SAC (10), que la reducción de aranceles, la abolición de protecciones

arancelarias y el desmonte de los precios de sustentación complica aún más el panorama del sector rural, especialmente en cuanto tiene que ver con sus posibilidades de desarrollo a partir del éxito de sus mercados nacionales.

Pero Colombia no es un país que pueda abstraerse de la realidad mundial, y así la recesión generalizada en casi todos los países del mundo y el empleo de subsidios (Dumping) que aplican muchos de los países de los cuales importamos materias primas y alimentos, han repercutido sobre caídas drásticas del empleo rural y la disminución del PIB de muchos cultivos.

Los mercados han roto las fronteras en el mundo y más que la economía mundial, se puede señalar que el Mercado Mundial ha globalizado el planeta. Según García (6), los productos, la tecnología y los negocios están definitivamente interrelacionados. El mercado ha puesto a competir internacionalmente a todos los países y ya no se puede hablar de fronteras territoriales sino de mercados. Estos aspectos entran a jugar un papel de gran importancia en la definición geopolítica del mundo, y así lo señalan los bloques económicos que se están creando.

Bajo esta realidad, América Latina, y en ella Colombia, debe pensar en competir exitosamente bajo condiciones muy exigentes, como respuesta a estas tendencias, con dificultades muy grandes por capital, tecnología y mercados.

Sin equívocos se puede señalar que los anteriores factores juegan un papel determinante en la estabilidad de la sociedad rural, y que la inseguridad y la violencia son el resultado no solo de falta de tierras, de adecuada infraestructura, de oportunidades, sino también, y de manera muy determinante, de las imposibilidades que encuentran millones de colombianos de acceder a bienes y servicios que ofrecen los mercados. Pero a ellos no se puede acceder por cuanto sus posibilidades de participación son mínimas, en

la medida en que no sólo no se hace parte de una agricultura moderna, sino que la que hay esta tremendamente marginada de los avances tecnológicos, crédito, infraestructura y poco vinculada a las cadenas productivas.

Si el productor, ya sea propietario, arrendatario o aparcerero, no tiene la posibilidad de vender parte de su producción en los mercados (cuando tiene algún excedente), y la única alternativa que enfrenta es la de su consumo para subsistir, definitivamente se halla ante una grave amenaza de su existencia, que al no poderlo resolver mediante su participación en los procesos productivos en el sector agrícola, buscará hacerlo en otros ámbitos, como a partir de su vinculación en la producción de cultivos ilícitos cuyos mercados se encuentren garantizados.

La situación de la crisis del sector agropecuario, que se ha caracterizado y acentuado especialmente en los últimos años, hace pensar en la necesidad de nuevos paradigmas, de nuevos enfoques y acciones que conlleven a que se dé un desarrollo rural más estable y sustentado sobre la base de la participación efectiva y real de la población rural. Pero no se podrá seguir pensando en una participación "virtual", que sólo es tenida en cuenta en los procesos electorales, sino a partir de su vinculación en el desarrollo del país como aportador natural de alimentos, materias primas, empleo y divisas, pero sobre la base de unas condiciones de desarrollo con el sector urbano, en el marco de relaciones claras de competitividad, sostenibilidad y equidad. En el contexto de la equidad se puede mencionar la pobreza como una de las mayores expresiones de violencia en el sector rural. Esta, según Calderón (2), está fuertemente ligada a la forma como se niegan los derechos en la trama de las relaciones sociales. Esta situación está vinculada con la capacidad que tiene la sociedad y los nuevos pobres de poder transformar sus necesidades en demandas que hagan eco en el sistema político, en la cultura y en la solidaridad.

El mercado tiene mucho que ver con los procesos de igualdad y racionalidad. Un mercado equilibrado y justo permite el desarrollo de sus participantes. Un mercado desarrollado es aquel que se sustenta en relaciones claras y transparentes de sus miembros o de quienes en él participan, se dinamiza y viabiliza la actividad estimulándola y jalando su avance.

Al tenor de lo señalado por Mansilla (9), un mercado debe buscar un equilibrio entre los derechos del individuo y los de la comunidad, y es precisamente aquí (en el Mercado) donde se ve el "ambiente más propicio para alcanzar la autonomía del individuo y la posibilidad de una igualdad social que no derive en nivelaciones autoritarias".

Una perspectiva que se halla perdida bajo la discusión de la "Participación Ciudadana" es precisamente ésta, la del derecho de participar en los procesos de comercialización, pues ella se ha constituido en un privilegio de quienes pueden hacerlo, por los volúmenes de lo que producen, por su calidad, por su permanencia en los mercados, etc. Pero, indudablemente, esto está generando para quienes no poseen normalmente estas ventajas comparativas, verdaderas situaciones de "marginamiento y de exclusión", como diría Borja (1), de "grandes masas de la población rural", situación peculiarmente grave si se tiene en cuenta que muchas veces el mercado resulta la única alternativa de "contactarse" con lo que muchas veces llamamos "Civilización".

El Estado y los Gobiernos se han quedado cortos en las propuestas que signifiquen la vinculación efectiva, apoyada y orientada a millones de campesinos que derivan su sustento del desarrollo de los mercados nacionales, a partir de la definición clara de programas y proyectos que promuevan la participación de la ciudadanía rural que repercuta en un reforzamiento del "tejido asociativo" de estas comunidades rurales apoyándolas técnica y administrativamente con

el fin de que puedan mejorar su competitividad.

Una participación ciudadana real no se puede considerar si ésta no parte del equilibrio participativo entre la ciudad y el campo. "Entre los ciudadanos, instituciones y entidades, administraciones y grupos de base" Borja (1).

De otro lado, está el antagonismo entre lo rural y lo urbano, en las relaciones de comercialización, que hacen que el mayor poder de decisión se centre en las grandes ciudades, donde se encuentra los mayoristas, agroindustrias, y quienes juegan un papel determinante en los procesos de formación de precios. Estas situaciones generan muchas veces procesos de injusticia con la población rural, afectando significativamente su bienestar y estabilidad de vida. Santana y Muñoz (11) señalan que "cuando la vida en la ciudad y las decisiones públicas no obedecen a una racionalidad colectiva, sino por el contrario, obedecen al entrecruce de las racionalidades particulares de quienes constituyen o disfrutan de la ciudad como tal, la "polis" no existe y por ello la escasa participación política, la ingobernabilidad y la inseguridad se convierten en sus características más apreciables".

Otro aspecto importante que debe considerarse es que el "subsistema de Comercialización" debe ser entendido de manera integrada y en estrecha correlación con los demás subsistemas del Sistema Agroalimentario (producción, transferencia y consumo) sin perder el contexto del entorno político, social y cultural.

En este sentido, Calderón (2) trabaja alrededor de un enfoque en el cual integra la gobernabilidad política, la competitividad económica y la integración social, como variables independientes en las que se posibilita que para el caso de Latinoamérica se logre la capacidad de autogobierno democrático, mejoramiento de la competitividad económica y solución al problema de la exclusión social y la pobreza. Estos tres elementos se deben

considerar no sólo desde el punto de vista de que ellos estén presentes, sino sus posibles orientaciones y sesgos políticos y culturales.

En el marco de nuestra discusión sobre el papel que juega el mercadeo agrícola como factor de desarrollo y de paz en el país, es indudable que la confluencia de estos tres elementos considerados, parte de una visión sistémica en los cuales podremos pensar que el sistema agroalimentario no es ajeno. En efecto, como lo señala Calderón (2), es necesario considerarlos separadamente y luego analizar sus interacciones con el fin de considerar las condiciones económicas y culturales que lo afectan. Bajo estos tres elementos señalados, y de acuerdo con la visión de sistema, el subsistema de la comercialización debe ser rigurosamente considerado en conjunto con los otros subsistemas bajo el entorno económico, político, cultural y social del país. En este contexto, este autor considera que si bien es cierto se logran avances en el país en los niveles de exportación, "los resultados en los ámbitos sociales y políticos dejan mucho que desear".

Calderón, (2) señala que varios estudios muestran avances alrededor de la gobernabilidad política, un poco en competitividad, pero prácticamente nada en integración social, especialmente en la creación de "actores sociales autónomos con capacidad de negociar e influir en la dinámica de la competitividad y la democratización".

2.1 Narcotráfico y violencia Vs. Mercadeo productos lícitos

Quizás debiéramos decir que si queremos conocer de mercadeo agrícola moderno y avanzado y proponer estrategias de comercialización para un producto lícito, se debe repasar cómo se da el ilícito de un producto. Veamos por qué. La droga, como es bien conocido, es uno de los productos más rentables que existen en el mundo. Como cualquier producto que se rige bajo los preceptos de la comercialización moderna, la

droga no conoce fronteras ni nacionalidades y se orienta por las leyes de la Oferta y la Demanda. Aquí también se puede hablar desde el sistema del trueque hasta del fenómeno del Dumping. Como cualquier producto se vale de estrategias y tácticas modernas de comercialización del siglo XX, Labrousse y Koutouzis (8). Recientemente se señalaba en los medios de comunicación que el cartel de Cali había puesto en marcha proyectos de franquicia en los Estados Unidos, para garantizar una adecuada distribución de la droga a tono con los sistemas empleados por las empresas más grandes del mundo, que utilizan estos procedimientos. La droga ha permitido poner en contacto civilizaciones que nunca antes se conocían, y toda su historia de comercialización parten de principios y actitudes que se diferencian radicalmente de otras mercancías o productos conocidos como lícitos. La droga interviene en los niveles de producción, procesamiento, comercialización y consumo. Los narcotraficantes buscan controlar toda la cadena productiva, con el propósito de racionalizarla. Ya en el siglo XXI, la coca se ha constituido en un producto tan poderoso que inclusive si se acaba su cultivo en América Latina, rápidamente otras regiones del mundo estarían listas a relevarla, constituyéndose este hecho en uno de los fenómenos más notables de reubicación.

Para la década de los ochenta, la cocaína provenía especialmente de Bolivia, Perú y Colombia, pero diez años después todos los países de la región participaban, de una u otra forma, en esta fabulosa empresa multinacional.

El proceso de comercialización de la droga es uno de los más complejos, amplios y fuertes. Además sus canales de comercialización se diversifican permanentemente y cada día surgen nuevas rutas, participantes y sistemas de acopio, transporte, almacenamiento, más novedosos y modernos.

Qué hace que todo este fenómeno alrededor de la cocaína y, en general, de las drogas sea en

esencia tan poderoso en el mundo? Como se dijo inicialmente, estos productos tienen mercados asegurados y rentabilidades excelentes. Es el consumo asegurado de estos productos lo que jalona y desarrolla en últimas todos los demás procesos: producción, procesamiento y comercialización.

Mientras tanto los productos lícitos deben enfrentar toda una problemática, que no sólo se mueve a nivel de los mercados nacionales. Estos mercados con frecuencia crean desestímulos de las más diversas formas, que terminan por favorecer el cultivo de los productos ilegales que se mueven de manera más expedita por los mercados del mundo.

La diplomacia poco o casi nada ha aportado para tratar de establecer estímulos al mercadeo de productos del que dependen millones de personas en los países en vía de desarrollo. Con pocas excepciones, la Diplomacia y los Mercados de Comercio Internacional han sido verdaderos propulsores de la amplia gama de productos que producen los países que a su vez, son también productores de materia prima para la fabricación de drogas.

Recientemente, por ejemplo, se supo de la última decisión de la unión Europea de castigar las exportaciones de banano provenientes de Colombia. Mientras tanto la herramienta diplomática es utilizada desde para justificar la expedición de certificados de "Buena Conducta" a los países que, según los Estados Unidos, han realizado suficientes esfuerzos en la lucha contra las drogas, hasta para las invasiones, como el caso de Panamá, por las tropas norteamericanas, bajo el pretexto de capturar a un dictador narcotraficante, pasando por todo tipo de estigmas, vejámenes y humillaciones a que son sometidos los ciudadanos de un país productor de droga. Desde luego que esta óptica de la moral internacional resulta de un país que es el principal consumidor de droga y que se siente con la suficiente autoridad para clasificar a los países entre buenos y malos. En el nuevo

"orden mundial" no es la problemática del abastecimiento alimentario en el mundo, que ya muestra síntomas preocupantes, inclusive en países que hace algunos años se consideraban ajenos a este fenómeno. Lo que señala el centro de las decisiones políticas y de la filosofía de la diplomacia de los países industrializados es la droga que encarna para Occidente el nuevo "desorden mundial" y ha sido declarada el enemigo público número uno. En este contexto, los estados occidentales han estigmatizado el problema de la droga y buscan reactivar sus herramientas geopolíticas tratando de definir estrategias para combatirla. Como lo señalan Labrousse y Kouttouzis (8), en este nuevo contexto mundial "Las drogas son, en suma, el reflejo del disfuncionamiento de nuestro mundo a las puertas del tercer milenio".

Desde la óptica de la violencia, el problema del narcotráfico es quien la genera. Como dice Giraldo (7), de la violencia "primaria" y "natural", de aquella que nos encontramos todos los días, a la que ya estamos acostumbrados y de la que alguna manera forma parte inminente del comportamiento.

Narcotráfico significa posicionamiento de un producto ilícito en el mercado y la negación de un producto lícito que hubiera podido reemplazarla. En este orden de ideas, el narcotráfico significa violencia y es la negación de una paz que hubiera podido gestarse alrededor de un producto legal.

En Colombia históricamente más de una actividad económica ha estado al margen del control estatal, bien sea por su ilegalidad, o bien por la imposibilidad de ser controlada. De alguna manera han tenido la violencia como su correlato, como el contrabando o la producción clandestina del alcohol, (Camacho (3)).

El narcotráfico ha conllevado paralelamente a su desarrollo, la adquisición de tierras y su expansión territorial a partir de masivos desalojos de campesinos y colonos con

transformaciones significativas en los procesos productivos, en renglones de productos y en las relaciones sociales de producción, afectando significativamente el tipo de bien a producir, sustituyéndose productos tradicionales de economía campesina por productos ilegales de economía mundial. Esta situación, a su vez, ha repercutido drásticamente en la estructura de comercialización de los productos de muchas regiones que pasaron de ser autosuficientes a ser importadoras de otras regiones del país.

A partir del capital del narcotráfico se han utilizado, igualmente, grandes cantidades de capital, estimulando actividades y oficios a partir de sus demandas y ofertas. Muchos agricultores de productos tradicionales encontraron en el capital del narcotráfico las posibilidades de nuevas ocupaciones y nuevos ingresos que antes no formaban parte de su presupuesto habitual. Esto conllevó al abandono de muchas parcelas de productos "poco atractivos", y la escasez de mano de obra para labores agrícolas tradicionales fue evidente. Esto generó, a su vez, situaciones de movilidad social, creando de esta manera en muchas regiones, situaciones de resistencia por parte de grupos que tradicionalmente gozaban de privilegios sociales.

A lo anterior se agrega, la creación de una nueva cultura de despilfarro, derroche y consumo de productos suntuarios que, de alguna manera, fueron creando economías artificiales con las graves repercusiones sociales que esto trajo consigo. Se creó un nuevo código de ética alrededor de la capacidad de compra y del adreñamiento sustentado en la influencia de dineros adquiridos para una agricultura "moderna" y "transnacional", que rompió los paradigmas tradicionales de producción y mercado, que siempre se había dado en las regiones.

2.2 Mercados, recursos naturales y desarrollo sostenible

La degradación del ambiente natural es un problema que se presenta a escala mundial y,

desafortunadamente, Colombia no es una excepción a esta creciente tendencia. Tanto en el mundo como en nuestro país, el desarrollo ha significado afectar la naturaleza y romper el esquema de un balance adecuado en el que el hombre no ha sabido equilibrar la situación entre desarrollo y naturaleza. De alguna manera, esta situación de conflicto ha movido conciencias y ha impulsado movimientos de corte ambientalistas, que ha logrado internacionalizar éste conflicto. Desde luego, que bajo esta discusión se ligan situaciones de poder, pues como dice Escobar (5), ellas se dan por el "hecho de que de unas percepciones y definiciones dadas, saldrán políticas e intervenciones que no son neutras en relación a sus efectos sobre lo social".

Nunca como ahora se ha tomado un conciencia, una filosofía y un discurso alrededor de la crisis de los recursos naturales, que no es otra que la crisis de una realidad social fundamentada en un discurso liberal de desarrollo, sustentado en una economía que compromete cada vez más los recursos naturales.

El desarrollo de esta economía no solo ha significado el impulso de procesos sociales muy complejos, sino el desarrollo de sistemas productivos que han buscado el aumento de las producciones y de las productividades, al tenor de las expansiones de los mercados, que requieren cada vez más alimentos de mejor calidad y de manera más permanente, para poblaciones cada vez mayores, sustentadas en áreas que relativamente cada vez son menores, por cuanto son más las personas que deben alimentarse de los mismos espacios productivos; de otra parte, es evidente el desmejoramiento de la calidad de los recursos naturales que, como el agua, el suelo, el aire y la biomasa, dificultan cada vez más la garantía de la producción alimentaria para la población en el mundo.

La cultura económica del presente siglo está sustentada en rasgos de modernidad basada en

la existencia de prácticas económicas tipificadas especialmente en la cultura económica del occidente. Aquí el mercado aparece como el elemento dinamizador y actualizador de los procesos productivos y de desarrollo social.

Invocando la necesidad de abastecer mercados se han desarrollado procesos productivos importantes y sistemas de comercialización modernos, tratando de llegar al mayor número de personas, bajo principios de racionalidad y de economías de las regiones y de las naciones. Pero también fue a nombre de los mercados como el hombre con deseos ilimitados empezó a satisfacer necesidades sobre la base de unos recursos limitados. Aparece, entonces, aquí la necesidad de unos mercados regulados por el precio, buscándose, de esta manera, que cada individuo satisficiera su necesidad, del modo más eficiente posible.

De esta forma, han concebido que calidad de la vida se mida únicamente por la cantidad de productos obtenidos, dejando a un lado el problema de la calidad de los recursos naturales que estuvieron comprometidos para proporcionar esos productos. Aquí también vale la pena mencionar el discurso liberal y economicista del Banco Mundial en el momento de la publicación del informe Bruntland al señalar que "Una ecología sana es una buena economía". Además, señalaba que "la planificación ambiental puede maximizar los recursos naturales".

Aquí también se puede caer en una peligrosa tendencia de "economizar la naturaleza", privatizando todos los recursos naturales, extendiendo todo el sistema de precios a todos los aspectos de la naturaleza como el aire, el agua, etc (5).

Según Escobar (5), en el tercer mundo y especialmente en América Latina existe una tendencia creciente a privatizar los recursos naturales. No obstante, en Latinoamérica el enfoque del desarrollo sostenible difiere del "informe Bruntland", al considerar los

problemas ecológicos por regiones, dándole importancia a aspectos como la deuda externa, la caducidad de los modelos de desarrollo convencionales, las desigualdades mundiales y la deuda ambiental histórica de los países del norte.

Teniendo en cuenta lo anteriormente señalado, un discurso alrededor de los mercados debe traer como premisa también el desarrollo de los Recursos Naturales y la evidencia de políticas claras alrededor de un Desarrollo Sostenible de los mismos, donde la cultura no riñe con el manejo del medio ambiente ni implica la destrucción sistemática del entorno biofísico.

La naturaleza no puede ser tratada como una mercancía, y si bien es cierto se trata de recursos escasos, se debe pensar en sistemas eficientes de usar estos recursos de tal forma que se garanticen para el hombre de hoy y para las generaciones futuras.

La naturaleza juega un papel fundamental en los procesos productivos y, en últimas, en los que se comercialice, pero la naturaleza no puede ni debe formar parte del circuito del mercado.

Crecimiento económico y ambiente no deben ser términos irreconciliables. Debe ser posible una articulación entre ecología y economía, para que los mercados se desarrollen bajo esquemas respetuosos, basados en profundo cambios estructurales. Esto no debe significar la práctica de actividades depredadoras del medio ambiente ni el desarrollo de actividades económicas que desplacen a las comunidades de indígenas y campesinos de sus entornos de trabajo, llevándoles hacia sitios que afecten negativamente el ecosistema.

Conclusiones

- Al considerar las estrategias para el desarrollo y la paz, por lo general se ha olvidado la importancia de la

comercialización y de los aspectos tecnológicos, por el énfasis en la tenencia y en la explotación del suelo.

- El mercado tiene mucho que ver con los procesos de igualdad y racionalidad, como elementos fundamentales para el desarrollo. Desde esta perspectiva, se debe propender por las relaciones transparentes, tanto para llevar a cabo el intercambio como para dinamizar las actividades del mercado.
- Frente a la problemática del mercadeo de los productos lícitos, resulta válida la reflexión en torno a la comercialización de

la droga. En este sentido, mención especial debe hacerse, no solo del control que ejercen los narcotraficantes sobre toda la cadena productiva, sino de los procesos de diversificación permanente en materia de canales y de la eficiencia en los sistemas de acopio, almacenamiento y transporte, entre otros.

- Dentro del análisis de los mercados, evidentemente deben integrarse los argumentos que sustentan el desarrollo sostenible, porque la naturaleza no puede ni debe formar parte del circuito del mercado.

Bibliografía

1. BORJA, J. Participación Ciudadana: Un desafío Legal. En: Revista Foro. No. 25, (dic. 1994). Santafé de Bogotá.
2. CALDERÓN, F. Gobernabilidad, Competitividad e Integración Social. En: Revista Foro. No. 29, (may. 1996). Santafé de Bogotá.
3. CAMACHO, A. Cinco Tesis Sobre Narcotráfico y Violencia en Colombia. En: Revista Foro. No. 15, (sep. 1991). Bogotá.
4. ECHAVARRÍA, H. La tenencia de la Tierra y el Desarrollo Económico y Social. En: Ciencia Política. No. 8. III Trimestre 1987. Bogotá.
5. ESCOBAR, A. El Desarrollo Sostenible: Diálogo de Discursos. En: Revista Foro No. 23, (abr. 1994). Santafé de Bogotá.
6. GARCÍA, J. América Latina Frente al Panorama de la Economía Internacional. En: Ciencia, Política. No. 17. IV Trimestre 1989. Bogotá.
7. GIRALDO, G. Violencia: Ensayo de Análisis Lógico. En: Revista Aleph. No. 54, (jul. - sep. 1985). Manizales.
8. LABROUSSE, A. y KOUTOUZIS, Michael. Narcotráfico: Un Guerra Perdida que Avanza. En: Ciencia Política. No. 45. I Trimestre de 1997. Bogotá.
9. MANSILLA, H.C.F. Mercado, Igualdad y Libertad en las Democracias Modernas. En: Ciencia Política. No.39. II Trimestre 1995. Bogotá.
10. SAC. Propuesta en Torno a la Política y al Desarrollo Agropecuario y Rural. Noviembre, 1997. Santafé de Bogotá.
11. SANTANA, P. y MUÑOZ, Maria Teresa. Los Derechos y el Ejercicio de la Ciudadanía. Manual para la Participación. En: Revista Foro. No. 26, (may. 1995). Santafé de Bogotá.
12. VARGAS, O. Violencia en Colombia 1946-1950. Boyacá un Experimento Político-Totalitarista. En: Apuntes del CENES, UPTC. Vol. 10, No. 18. Segundo Semestre de 1992. Tunja.
13. VARGAS, O. Protesta Rural. Un Nuevo Espacio de la Investigación Histórico-Social. En: Apuntes del CENES-UPTC. Vol. II, No.19. Primer Trimestre de 1993, Tunja.